

EL SISTEMA DE PARTIDOS EN LA COMUNIDAD AUTONOMA DEL PAIS VASCO

Por FRANCISCO J. LLERA RAMO

Son múltiples los enfoques que se pueden adoptar a la hora de estudiar y valorar la evolución de las principales dimensiones que inciden en el sistema de partidos del País Vasco. La estructura y el comportamiento políticos vascos definen una gran variedad de situaciones, a veces tan paradójicas o contradictorias, que obligan a rehuir la tentación, tanto de la explicación fácil y caricaturesca, como de la inutilidad de los paradigmas de la ciencia o la sociología políticas.

Nuestra sociedad no es ni primitiva ni está embrujada, es sencillamente una sociedad compleja con la más peculiar de las culturas políticas, que es aquella que se inscribe precisamente en el contexto de una cultura o una estructura social caracterizadas por una profunda crisis de identidad colectiva. Cuando en una sociedad urbano-industrial compleja se siguen buscando los paradigmas de su identidad cultural en un discurso secular y hasta fosilizado, se atrofian las dos grandes funciones culturales, tanto la simbólica de dotar de un marco de referencia a los actores sociales como la colectiva de integrar y cohesionar al grupo humano. En esta coyuntura la capilaridad de nuestro sistema cultural asume un papel primordial, la calle y lo cotidiano adquieren un gran protagonismo, la politización está presente en cualquier gesto o palabra que haga referencia a esa identidad y casi todo es posible en la política vasca.

La definición y la construcción del espacio público en el País Vasco se encuentran con dos realidades colectivas, no por citadas suficientemente estudiadas y aclaradas, como son la vivencia prolongada de la violencia, tanto física como simbólica, y el recurso a definiciones esencialistas y excluyentes de la identidad colectiva, que convierten esta pequeña sociedad en un campo lleno de alambradas minifundistas.

Teniendo estas realidades y estas reflexiones preliminares como telón de fondo, voy a ceñirme a una visión retrospectiva de estos siete años de transición política basada en el análisis de dos grandes niveles: el de la evolución de la presencia institucional de los partidos y el de las grandes pautas de la dinámica electoral vasca.

1. LA EVOLUCION DE LA PRESENCIA INSTITUCIONAL

Este análisis hay que hacerlo en Euskadi en tres planos distintos de institucionalización política: por un lado, el plano local o municipal, donde la transición se produce con menores rupturas; el plano foral o provincial, en el que se dan discontinuidades importantes y que va a generar la principal fuente de conflictos en la institucionalización interna de Euskadi; el plano autonómico, que, tras un referéndum, concentra la mayor parte de los conflictos políticos.

1.1 *Arraigo y especialización local de los partidos*

La comparación entre las primeras elecciones locales democráticas de abril de 1979 y las segundas de mayo de 1983 se puede hacer desde diversos parámetros, que nos ofrecen perspectivas de análisis diferenciadas.

Una primera visión es la de los resultados brutos obtenidos por las distintas opciones, tal como recogemos en la tabla VII.

Si se observan los resultados de las elecciones municipales de 1979 y se comparan con las que se habían producido un mes antes, se constata uno de los más significativos cambios de la estructura electoral vasca en toda la transición. Sin duda alguna, la localización de las luchas y las movilizaciones sociales del final del franquismo, el reconocimiento de los líderes nacionalistas, la mayor o menor implantación de los diferentes partidos y su capacidad organizativa, junto con la acción de otras muchas estructuras de mediación, que actuaban en la sociedad civil vasca a modo de tejido social estructurador de la comunidad nacionalista, son los factores que explican el éxito arrollador del nacionalismo, tanto moderado como radical.

Cuatro años no pasan en vano, y si el mundo nacionalista queda intacto en su conjunto, se produce una transformación interna hacia una mayor moderación al reforzarse el apoyo popular al PNV, con casi 50.000 votos nuevos, mientras que HB pierde otro tanto.

Sin embargo, se producen algunos otros fenómenos, tales como la recuperación de la popularidad del PSOE, que, si entre las elecciones constituyentes de 1977 y las primeras municipales había perdido más de 100.000 votos (casi 50.000 sólo en un mes), entre éstas y las de 1983 recupera alrededor de los 90.000, si bien se queda a más de 80.000 de los que había obtenido siete meses antes cuando accede al gobierno del Estado.

Al lado de esto se produce la estabilización electoral de EE, el bajonazo de las opciones del centro derecha estatal (UCD, AP, etc.), la disminución de las candidaturas independientes y el hundimiento de las opciones menores de la izquierda estatal, junto con un mayor interés popular por la participación electoral.

La repercusión institucional de estos datos, no obstante, la podemos calibrar si tenemos en cuenta la proporción de ediles obtenidos por cada opción en ambas elecciones (véase tabla I).

TABLA I

CONCEJALES OBTENIDOS EN 1979 Y 1983 POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS VASCOS

	<i>Alava</i>		<i>Guipúzcoa</i>				<i>Vizcaya</i>				<i>CAV</i>					
	1979 %	1983 %	1979 %	1983 %	1979 %	1983 %	1979 %	1983 %	1979 %	1983 %	1979 %	1983 %	1979 %	1983 %		
PNV	162	40	242	60	366	39	395	43	548	51	620	55	1.076	45	1.257	51
HB	—		14	3	125	13	170	18	127	12	141	13	252	10	325	13
EE	—		4	1	61	7	71	8	24	2	48	4	85	4	123	5
PSOE	32	8	57	14	79	8	127	14	90	8	171	15	201	8	355	14
UCD / AP ...	105	26	65	16			5	1	19	2	27	2	124	5	97	4
Indepen.	108	26	21	5	262	28	147	16	221	21	109	19	591	25	277	11
Otros *	2		2		38	4	4		37	3	12	1	77	3	18	1
<i>Totales ...</i>	<i>409</i>	<i>100</i>	<i>405</i>	<i>100</i>	<i>931</i>	<i>100</i>	<i>919</i>	<i>100</i>	<i>1.066</i>	<i>100</i>	<i>1.128</i>	<i>100</i>	<i>2.406</i>	<i>100</i>	<i>2.452</i>	<i>100</i>

* La mayoría de los concejales de este bloque pertenecen al PCE (31 en Vizcaya, 12 en Guipúzcoa y uno en Alava en 1979 y 11 en Vizcaya y tres en Guipúzcoa en 1983).

Como se puede observar, los cuatro años de gestión municipal producen, en primer lugar, una clarificación del panorama político al reducirse el peso, tanto absoluto como relativo, de los ediles «independientes»; de otra parte, se constata la simplificación de los sistemas de partidos locales al disminuir la presencia de los partidos políticos menores, reforzándose,

por el contrario, los partidos nacionalistas y el PSOE y quedando más rezagado la CP. El caso es que el PNV, con más de la mitad de los concejales, controla casi la totalidad del poder local.

Sin embargo, puede ser importante observar la implantación o distribución espacial de este poder institucional, según el peso relativo obtenido por las distintas candidaturas. Así, en la tabla II tenemos el cuadro comparativo del éxito obtenido por las mismas.

El PNV, que es el partido mejor implantado localmente, consigue colocar a sus candidatos propios en el 80 por 100 de los municipios vascos en 1979 y en el 86 por 100 en 1983, controlando buena parte de las candidaturas «independientes», sobre todo en Alava. Por otro lado, obtiene la mayoría absoluta en el 47 por 100 de las localidades en 1979 para elevarla al 56 por 100 en 1983, a las que hay que añadir la mayoría relativa en otro 14 y 17 por 100, respectivamente, dándose la particularidad de que es el partido único de un 7 y un 9 por 100 de los municipios más pequeños.

El PSOE pasa de obtener representación en un 30 por 100 de municipios en 1979 al 42 por 100 en 1983, no teniendo la oportunidad de presentarse a través de candidaturas «independientes». Si en 1979 sólo consigue la mayoría absoluta en un pequeño municipio alavés donde se presentaba en solitario, en 1983 ya son dos los municipios alaveses y, sobre todo, cuatro importantes ayuntamientos vizcaínos con dicha mayoría, a los que hay que añadir las mayorías relativas de otros tres guipuzcoanos y cinco vizcaínos. La diferencia con el PNV estriba en que el PSOE localiza su representación en las grandes concentraciones urbanas, industriales y de inmigración.

Herri Batasuna, que en 1979 sólo obtenía representación para sus candidaturas propias en el 30 por 100 de los municipios vascos localizados en Guipúzcoa y Vizcaya, casi duplica su presencia al implantarse en el 54 por 100 de los mismos, incluyendo ya a Alava. No obstante, una de las peculiaridades es que controla la mayor parte de las candidaturas «independientes» de Guipúzcoa y Vizcaya, tanto en 1979 como en 1983. Su implantación tiene características duales, ya que, por una parte, está disputándole su posición al PSOE en las grandes poblaciones y, por otra, compete con el PNV, muchas veces en solitario en las medianas y pequeñas, especialmente en Guipúzcoa y Vizcaya.

Las candidaturas de independientes colocan sus ediles en el 51 por 100 de los municipios vascos en 1979 para reducirse ostensiblemente en Alava en 1983, consiguiendo mayorías absolutas en una cuarta parte y en un 13 por 100 de los mismos, respectivamente, a las que hay que añadir un

SISTEMA DE PARTIDOS DEL PAIS VASCO

TABLA II

DISTRIBUCION PROVINCIAL DE LAS CANDIDATURAS MUNICIPALES QUE OBTIENEN CONCEJALES

	<i>Candidaturas</i>		<i>Mayor absol.</i>		<i>Unico</i>		<i>Mayoría relat.</i>	
	<i>1979</i>	<i>1983</i>	<i>1979</i>	<i>1983</i>	<i>1979</i>	<i>1983</i>	<i>1979</i>	<i>1983</i>
<i>Alava</i>								
PNV	36	50	21	30	9	13	6	11
HB	—	7	—	—	—	—	—	—
EE	—	4	—	—	—	—	—	—
PSOE	13	23	1	2	1	2	—	—
UCD / AP ...	29	25	10	2	5	3	1	—
Independ. ...	21	7	9	2	5	1	1	1
Otros	2	1	—	—	—	—	—	—
Municipios ...	51	51	51	51	51	51	51	51
<i>Guipúzcoa</i>								
PNV	60	56	29	33	2	3	13	17
HB	31	54	3	4	1	3	4	1
EE	27	45	—	1	—	—	—	1
PSOE	31	39	—	—	—	—	3	3
UCD / AP ...	—	2	—	—	—	—	—	—
Independ. ...	39	36	28	21	22	—	2	—
Otros	27	3	—	—	—	—	—	—
Municipios ...	81	81	81	81	81	81	81	81
<i>Vizcaya</i>								
PNV	88	94	57	68	6	5	13	11
HB	38	65	—	1	—	—	—	—
EE	17	40	—	—	—	—	1	—
PSOE	26	34	—	4	—	—	5	5
UCD / AP ...	5	13	—	—	—	—	—	—
Independ. ...	57	45	19	8	10	5	1	3
Otros	19	9	—	—	—	—	—	—
Municipios ...	98	101	98	101	98	101	98	101

puñado de mayorías relativas. Estas candidaturas son, sobre todo, nacionalistas, se localizan mayoritariamente en los municipios pequeños y buen número de ellas son controladas por la izquierda abertzale.

Las opciones de la derecha estatal, divididas en UCD y AP en 1979 y unidas en CP en 1983, sólo protagonizan una implantación amplia en algo más de la mitad de los municipios alaveses, para localizarse en la grandes capitales en Guipúzcoa y, sobre todo, en Vizcaya.

Euskadiko Ezkerra, que sólo había obtenido representación en una quinta parte de los municipios vascos (localizados exclusivamente en Guipúzcoa y Vizcaya), duplica su presencia en 1983, después que ya se hubiera producido la convergencia con el PCE escindido. Su implantación, como la de los demás partidos nacionalistas, es más extendida y heterogénea, si bien tiene más tendencia a concentrarse en las poblaciones medianas y grandes.

Las demás candidaturas menores de la izquierda pasan de tener presencia en un 21 por 100 de los municipios en 1979 a un 6 por 100 en 1983. Pertenecen, sobre todo, al PCE y se localizan casi exclusivamente en las grandes concentraciones industriales.

Aunque esta distribución ya nos da una idea de la implantación de los distintos partidos, la evolución del poder local en cada provincia para 1983 es la siguiente:

En Alava la derecha controla la práctica totalidad de los ayuntamientos, con una hegemonía clara del PNV, mayoritario en 41 de los 51 municipios y con mayoría absoluta en 30. Es cierto que, a pesar de todo, la izquierda, y más concretamente el PSOE, han avanzado en buena parte de las localidades. El PNV pasa de 162 a 242 concejales, el PSOE de 32 a 57, la derecha se queda con 65 y el resto obtiene una treintena. Sólo Vitoria y Llodio se escapan al control holgado de la derecha.

En Guipúzcoa, si tenemos en cuenta la anterior composición de las candidaturas independientes y su disminución de 262 a 147 concejales, lo que indica una clarificación política, se produce un estancamiento, si no retroceso, del nacionalismo, especialmente en los municipios mayores, a pesar de que el PNV pasa de 360 a 395 concejales, HB de 125 a 170 y EE de 61 a 71. Se produce un avance claro de la izquierda de la mano del PSOE, con mayoría en cuatro de los siete municipios mayores de 20.000 habitantes, lo que supone la mitad de la población. Es interesante apuntar que, a pesar de los retrocesos relativos que sufren en importantes municipios HB y EE, estas dos opciones de la izquierda abertzale consiguen mayoría en Hernani, Tolosa y otros siete municipios menores de 10.000 habitantes, mientras que el PSOE, que pasa de 79 a 127 concejales, la consigue en los municipios más industriales. Con todo, el PNV, casi único representante de la derecha en el poder local, consigue el control de más

de la mitad de los municipios guipuzcoanos y, sobre todo, en sitios tan significativos como San Sebastián, Eibar y Pasajes.

El avance del PSOE, que pasa de 90 a 171 concejales, y de la izquierda en su conjunto, es quizá más espectacular en Vizcaya. La izquierda es mayoría en siete de los diez municipios mayores de 20.000 habitantes y en tres de los siete mayores de 10.000, además de en Derio, lo que supone casi el 70 por 100 de la población vizcaína. Con todo, el PNV, que retrocede ligeramente en los municipios más importantes, pasa de 548 a 620 concejales y obtiene la mayoría absoluta en 68 de los 101 municipios vizcaínos, a los que hay que añadir otros once en los que es la lista más votada y entre los que se encuentran sitios tan significativos como Bilbao, Guecho y Bermeo. HB, si le descontamos sus independientes, pierde concejales, aunque pase de 127 a 141, especialmente en las zonas industriales; EE duplica sus concejales al pasar de 24 a 48 en las grandes poblaciones y adquiere un papel más importante en la formación de las mayorías en éstas; la derecha, con 27 concejales y una presencia muy localizada en el Gran Bilbao, se estanca, aunque es decisiva para la gobernabilidad de Bilbao, por ejemplo; el PCE y los demás partidos menores retroceden claramente.

En las cuatro capitales el PNV y el PSOE gobernarán enfrentados y sobre un polvorín, resumiendo la situación de los grandes municipios industriales y de la mayor parte de la población de ambas comunidades.

El incremento de la fragmentación municipal y la precaria formación de mayorías dificultará la gobernabilidad de nuestras capitales en las que el PNV y el PSOE comparten la mayoría. El PNV, que pierde concejales en Bilbao y los gana en Vitoria y San Sebastián, mantiene la mayoría relativa en las tres capitales de la CAV con bloques mayoritarios alternativos: nacionalistas en las tres y de derecha en Vitoria y Bilbao, frente a una posible mayoría de izquierda en San Sebastián. En definitiva, el PNV tiene un saldo negativo de un concejal en las tres capitales, HB y la derecha pierden un tercio de sus concejales, el PSOE duplica los suyos y EE tiene un saldo positivo de uno. Sin duda alguna, el mayor descalabro socialista se ha producido en Vitoria, donde, con los resultados del 28 de octubre en la mano, el PSOE confiaba en conseguir la mayoría. La imposible formación de mayorías de gobierno en los grandes municipios a la hora de elegir los alcaldes y la política de confrontación de HB van concretando por el momento la citada tesis de la difícil gobernabilidad local, de la que los sucesos de Irún, Rentería y otros son un ejemplo.

Concluyendo, los cambios en la estructura del poder local tienen las siguientes características:

- El PNV refuerza su hegemonía y su poder en la gran mayoría de los municipios de la CAV, y aunque gana concejales, pierde poder en las grandes poblaciones industriales mayores de 20.000 habitantes, lo cual es más significativo que el simple incremento de electos.
- El PSOE duplica su número de concejales, consiguiendo mayoría ajustada en los principales centros urbanos de Guipúzcoa y Vizcaya y avanzando en todas las provincias.
- La derecha, hegemonizada por el PNV en la CAV, controla casi toda Alava, la mayor parte de los municipios medianos y pequeños de Guipúzcoa y Vizcaya y consigue mayorías importantes en las tres capitales y otras poblaciones significativas como Guecho.
- La izquierda, hegemonizada por el PSOE, avanza en todas las provincias logrando mayoría en San Sebastián y controlando el poder, desde la alcaldía o desde la oposición, en los más importantes municipios. Con todo, las difíciles relaciones políticas entre el PSOE y HB dificultan enormemente las posibilidades de actuación conjunta de este bloque.
- El nacionalismo, hegemonizado por el PNV, consigue la mayoría absoluta de las tres capitales y gran parte de los municipios de la CAV, si bien, en conjunto, pierde poder ante el ascenso del PSOE y del bloque de izquierda que éste hegemoniza en los ayuntamientos mayores. No obstante, las posibilidades de actuación conjunta de este bloque son mucho mayores, especialmente en el terreno simbólico y de las cuestiones autonómicas y culturales que afectan a la identidad colectiva vasca.
- Finalmente, no se puede olvidar que es en este nivel local en el único que HB acepta el juego institucional.

1.2 *El efecto de la potenciación de las instituciones forales intermedias*

El tema de la foralidad y, sobre todo, su repercusión en la construcción del poder institucional vasco está resultando uno de los problemas políticos básicos para la culminación de la transición política en el País Vasco, con especial incidencia en el partido que ha venido monopolizando el poder institucional.

Hay que recordar que en la Comunidad Autónoma Vasca en abril de 1979 y en mayo de 1983, a la vez que se elegían los concejales, se celebraba una segunda elección para la formación de las Juntas Generales de cada provincia o «territorio histórico», de las que habrían de salir los

ejecutivos provinciales encargados de administrar las competencias de las Diputaciones Forales.

Antes de todo, tenemos que advertir que, si bien el sistema electoral para las elecciones municipales es común para todos los municipios, el de las elecciones forales se rige por normas autonómicas específicas; así, mientras que para el Parlamento Foral Navarro la provincia funciona como distrito único (en 1979 las merindades constituían circunscripciones electorales), para las Juntas Generales de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya éstas funcionan divididas en siete distritos con magnitudes ponderadas en favor de los de menor peso demográfico y mayor concentración relativa de voto nacionalista.

Ya en su momento he criticado amplia y razonadamente la normativa electoral impuesta por el PNV para su exclusivo provecho, ahora se confirma aquella crítica, puesto que si al PNV le cuestan sus 73 escaños en la CAV algo más de 5.000 votos por término medio, al PSOE sus 39, a HB sus 21 y a Coalición sus 13 les cuestan alrededor de 7.000, mientras que a EE sus seis escaños le cuestan algo más de 13.000, impidiendo, por lo demás, el acceso a las instituciones forales a otros partidos menores (PCE y CDS).

Por tanto, el índice de desigualdad por escaño oscila de 3 (EE) a 0,85 (PNV) en Alava, de 2,1 (Coalición) a 0,79 (PNV) en Guipúzcoa y de 1,75 (Coalición y EE) a 0,75 (PNV) en Vizcaya; teniendo en cuenta que todos los demás están por encima del índice 1, el voto del PNV es ponderado en todos los casos en detrimento de los demás.

Comenzando por los subsistemas provinciales de partidos, tanto electorales como parlamentarios, y comparando la estructura de la competencia partidaria a este nivel foral en 1983 con la de 1979, según los criterios señalados por D. Rae, nos encontramos con una serie de características deducidas de la tabla III.

A nivel electoral y en las tres provincias se simplifica la estructura de la competencia partidaria (en Alava se pasa de siete a cinco partidos que superan el 2 por 100 de los votos y están en condiciones de disputar escaños, y en Guipúzcoa y Vizcaya, descolgado el PCE, se quedan cinco partidos relevantes en liza, puesto que AP no se había presentado en 1979 y la UCD de entonces es sustituida por la CP de ahora), quedando los mismos cinco partidos en todas las provincias, a la vez que se reduce el número de partidos extraparlamentarios que concurren a las urnas (de los ocho o nueve partidos de 1979 se pasa a los cuatro o cinco de 1983).

Por otra parte, se homogeneiza aún más dicha estructura: el PNV refuerza su papel predominante con una franja de votantes que oscila entre

TABLA III

SUBSISTEMA DE PARTIDOS ELECTORALES PROVINCIALES EN 1979
Y 1983 A PARTIR DE LOS PORCENTAJES DE VOTOS VALIDOS

	<i>Alava</i>		<i>Guipúzcoa</i>		<i>Vizcaya</i>	
	1979	1983	1979	1983	1979	1983
PNV	32	37	35	41	39	40
HB	12	9	22	21	20	13
EE	6	6	11	10	6	7
PSOE	17	29	5	23	16	28
CP	31	16	9	4	11	10
Otros	2	3	8	1	8	2

el 37 por 100 y el 41 por 100 guipuzcoano; el PSOE asciende a la segunda posición con un 23 por 100 de votantes guipuzcoano y un 29 por 100 de alaveses; HB pierde puntos en todas las provincias y posiciones en Guipúzcoa y, sobre todo, en Vizcaya con una oscilación de voto mayor entre el 9 por 100 en Alava y el 21 por 100 en Guipúzcoa; la CP no logra mantener los votos de sus antiguos partidos nodriza y pierde posiciones sobre todo en Alava; por último, EE mantiene sus votos y su quinta posición en las tres provincias con una oscilación mínima y muy similar a la del PNV entre el 6 por 100 alavés y el 10 por 100 guipuzcoano.

Este cambio producido, con mayor o menor intensidad, en todas las provincias tiene algunas pautas comunes: en primer lugar, su carácter centrípeto al reforzarse las opciones centrales del sistema institucional (PNV y PSOE); en segundo lugar, su tendencia a la moderación al perder votos y posiciones los principales antagonistas en los extremos del sistema (AP y HB); en tercer lugar, la simplificación del panorama político al reducirse el número de opciones y el apoyo popular a las que tienen un carácter menos relevante desde el punto de vista electoral.

Todo lo anterior desemboca en unos subsistemas de partidos forales, cuya evolución podemos comprobar en la siguiente tabla IV, de la que se pueden deducir algunas características muy paralelas a las anteriores; añadiéndose tan sólo el hecho de que la ya reforzada hegemonía parlamentaria del PNV se ve ponderada tanto por la normativa electoral como por la ausencia institucional de HB y en el caso más crítico de Alava por el paso de un diputado de la CP al grupo mixto con apoyo al PNV y participación en el gobierno foral.

TABLA IV

COMPOSICION DE LAS JUNTAS GENERALES DE LOS DISTINTOS TERRITORIOS HISTORICOS EN 1979 Y 1983

	<i>Alava</i>		<i>Guipúzcoa</i>		<i>Vizcaya</i>	
	1979	1983	1979	1983	1979	1983
PNV	25	22	33	25	40	26
HB	12	5	19	10	19	6
EE	—	1	11	3	4	2
PSOE	7	14	12	12	14	13
CP	13	9	6	1	10	3
Otros	—	—	—	—	3	—

La lejanía, si no del sistema, sí de la tendencia hacia el bipartidismo, es menor en 1983, ya que, si en 1979 los dos primeros partidos eran PNV y UCD en Alava y PNV y HB en Guipúzcoa y Vizcaya, el hecho de que ahora se refuercen y se homogeneicen las posiciones de las dos opciones de gobierno en todas las provincias hace que nos acerquemos al criterio numérico señalado por D. Rae: el PNV y el PSOE suman más del 60 por 100 de los votos válidos y entre el 80 y el 90 por 100 de los escaños sin la presencia de HB. Es cierto que el distanciamiento ideológico existente entre los cuatro o cinco partidos parlamentarios, además de su número, la cuasi hegemonía del PNV y la capacidad de chantaje de algunos partidos corrigen, según G. Sartori, el citado criterio numérico.

1.3 *La nueva composición del Parlamento vasco complica la gobernabilidad*

Antes de nada es preciso recordar que las segundas elecciones autonómicas se realizan con una ley electoral emanada del propio Parlamento vasco, que reforma parcialmente las normas vigentes para las primeras elecciones autonómicas de 1980. En lo sustancial, esta nueva normativa mantiene los distritos provinciales, tal como exige el Estatuto de Autonomía, eleva la magnitud de los distritos de 20 en 1980 a 25 en la actualidad y aplica como fórmula de escrutinio la variante D'Hondt de la media más elevada.

Por otra parte, no se puede olvidar que la andadura autonómica comienza en 1980 tras un referéndum en el que algo más de la mitad del

electorado (53 por 100) votó favorablemente, frente a la oposición abstencionista de HB, EMK y LKI y el no de la extrema derecha y del foralismo provincialista de AP, que no pasan del 3 por 100.

Sin embargo, este sistema institucional en embrión va a verse impugnado tanto por el rechazo frontal de HB como por la indisimulada resignación provincialista de AP o el continuo acoso de los partidos mayoritarios estatales (UCD y PSO) e, incluso, la propia confrontación interna en el PNV entre partido-Diputaciones-Gobierno vasco a propósito de la LTH y sus derivaciones.

En este contexto y supuesta la ausencia de HB, nos encontramos con un Parlamento (véase tabla V) en el que el PNV, con la representación del 28 por 100 del electorado y el 42 por 100 de los votantes, reúne tantos

TABLA V
COMPOSICION DEL PARLAMENTO VASCO EN 1980 Y 1984

1980						
	<i>Alava</i>	<i>Guipúz.</i>	<i>Vizcaya</i>	<i>Total</i>	<i>%</i>	<i>Sin HB</i>
PNV	7	9	9	25	42	51
HB	3	4	4	11	18	—
EE	2	3	1	6	10	12
PSOE	3	3	3	9	15	18
CP	3	1	2	6	10	12
CDS	2	—	—	2	3	4
PCE	—	—	1	1	2	3
<i>Total</i>	20	20	20	60	100	49/100
1984						
	<i>Alava</i>	<i>Guipúz.</i>	<i>Vizcaya</i>	<i>Total</i>	<i>%</i>	<i>Sin HB</i>
PNV	9	11	12	32	43	50
HB	3	5	3	11	15	—
EE	2	2	2	6	8	9
PSOE	7	6	6	19	25	30
CP	4	1	2	7	9	11
CDS	—	—	—	—	—	—
PCE	—	—	—	—	—	—
<i>Total</i>	25	25	25	75	100	64/100

escaños como el resto de los partidos juntos en un sistema de cuatro partidos: dos nacionalistas (PNV y EE) y dos estatales (PSOE y CP), dos conservadores (PNV y CP) y dos progresistas (PSOE y EE), cuya polarización y distanciamiento ideológicos han de verse reducidos, tanto por las dificultades de gobernabilidad planteada por la aritmética parlamentaria y la existencia de las oposiciones colaterales de EE y CP como por la defensa a la impugnación extraparlamentaria del principal partido antisistema (HB) y la responsabilidad gubernamental de los dos principales interlocutores parlamentarios (PNV y PSOE).

La reducción de la desproporcionalidad que el incremento de 20 a 25 diputados por provincia, por un lado, y el propio cambio en el comportamiento electoral y en el sistema de partidos hacen que el PNV pierda la hegemonía parlamentaria, no viéndose siquiera beneficiado de la rentabilidad política que la ausencia institucional de la estrategia antisistema de HB le supuso en la anterior legislatura.

Los reajustes en las opciones conservadoras de ámbito estatal y la falta de cristalización de su espacio, la inestabilidad relativa de la izquierda abertzale, la oscilación electoral y el desajuste gubernamental del PSOE y la larvada crisis que se venía fraguando en el PNV (dimisión de Garaiakoetxea) dotan de una gran fragilidad al actual sistema regional de partidos, a pesar de su aparente congelación. Es cierto que se mantiene la política de superoferta propia de una profunda polarización y distanciamiento ideológico, pero la moderación de la derecha estatal, la pérdida de la capacidad de desestabilización institucional de HB, el reforzamiento electoral e institucional de las opciones moderadas (PNV y PSOE) y la cristalización del espacio de la izquierda abertzale institucional (EE) pueden suponer el atisbo de un cambio de dinámica en la línea de la relegitimación política y de la estabilización del actual sistema de partidos parlamentarios. Este proceso puede verse reforzado después de la firma del acuerdo entre el Gobierno vasco y el grupo parlamentario del PSOE.

Por consiguiente, en el caso de las elecciones autonómicas (1980-1984) ocurre algo paralelo a lo ya analizado; así, a nivel electoral se reduce el número de partidos que compiten y, especialmente, aquellos que cumplen los «criterios de importancia», se refuerzan las opciones centrales (el PNV y el PSOE suman el 65 por 100 de los votos válidos en 1984, cuando en 1980 el PNV y HB no llegaban al 55 por 100); a nivel parlamentario, se pasa de siete a cinco partidos (cuatro efectivos), reforzando la ausencia de HB el predominio (que no la hegemonía absoluta) del PNV y sumando éste y el PSOE el 80 por 100 de los escaños efectivos (el 68 por 100 con HB).

Si ahora nos fijamos en la relativa igualdad o desigualdad de los porcentajes electorales o parlamentarios entre los distintos partidos, tendremos una medida de la «fragmentación» de nuestro sistema. D. Rae construye un índice de fragmentación partiendo del supuesto lógico de que la «porción de votos de un partido es índice de su nexo competitivo». De este modo, aplicado en nuestro caso tanto a las elecciones forales como a las autonómicas y comparándolo con el calculado para 1979 y 1980, respectivamente, tenemos la siguiente tabla:

TABLA VI

INDICES DE FRAGMENTACION ELECTORAL (F_e) Y PARLAMENTARIA (F_p) EN LAS ELECCIONES PROVINCIALES Y AUTONOMICAS

	F_e				F_p			
	1979	1983	1980	1984	1979	1983	1980	1984
Alava	0,81	0,74	—	—	0,73	0,70	—	—
Guipúzcoa	0,84	0,72	—	—	0,73	0,66	—	—
Vizcaya	0,82	0,73	—	—	0,81	0,64	—	—
C. Autónoma ...	—	—	0,81	0,74	—	—	0,76	0,72

En línea con la reducción del número de partidos y el reforzamiento del PNV y el PSOE se puede ver la clara reducción de la fragmentación, tanto electoral como parlamentaria, a nivel provincial, aunque no lo sea tanto a nivel autonómico. Comparando nuestros datos con los calculados por A. Bar para España y para las sociedades de nuestro entorno, la fragmentación electoral vasca pasa de ser la máxima a situarse al nivel de las democracias mediterráneas, si bien la fragmentación parlamentaria, sobre todo a nivel autonómico, sigue siendo muy elevada.

Si, como dice G. Sartori, un sistema de partidos está fragmentado «cuando tiene muchos partidos, ninguno de los cuales se acerca a la mayoría absoluta», es clara la moderación tanto del multipartidismo vasco, como de su fragmentación a nivel provincial, aunque esta última está más contenida a nivel autonómico.

2. LAS GRANDES PAUTAS DE LA DINAMICA ELECTORAL VASCA

Siete años de transición política, tres referéndums, tres elecciones generales, dos locales y provinciales y dos autonómicas, con procesos electorales o llamadas a las urnas todos los años desde 1976, si exceptuamos 1981, obligan a mantener continuamente movilizada, desde el punto de vista electoral, a una sociedad. Veamos, entonces, el balance que se puede hacer después de las segundas elecciones autonómicas de 1984.

Para todo este apartado tomaremos como base la tabla VII, de la que, de una forma sintética, podemos deducir las siguientes conclusiones:

- 1.º El incremento de la participación electoral desde 1980 supone una mayor adhesión popular al proyecto autonómico, después de la pro-

TABLA VII

EVOLUCION ELECTORAL DE LA COMUNIDAD AUTONOMA VASCA
ENTRE 1977 Y 1984

	EG-J77			EG-M79		
	Votos	Censo %	V. V. %	Votos	Censo %	V. V. %
PNV	290.000	21,3	28,8	277.000	17,7	27,5
HB (ANV / ESB) ...	43.000	3,2	4,3	152.000	9,7	15,1
EE	63.000	4,6	6,3	80.000	5,1	7,9
ESEI	—	—	—	—	—	—
AUZOLAN	—	—	—	—	—	—
Nacionalistas	396.000	29,1	39,4	509.000	32,5	50,0
PSOE (PSP)	283.000	20,8	28,1	192.000	12,2	19,1
CP *	246.000	18,1	24,4	204.000	13	20,3
CDS	—	—	—	—	—	—
PCE	46.000	3,3	4,6	47.000	3	4,7
Otros	36.000	2,6	3,6	55.000	3,5	5,5
Estatales	611.000	44,8	60,7	498.000	31,7	49,6
Izquierda	470.000	34,5	46,6	513.000	32,7	50,9
Derecha	538.000	39,5	53,4	494.000	31,5	49,1
Votantes	1.042.000	76,4	100	1.033.000	65,9	100
Censo	1.363.377	100	—	1.567.437	100	—

FRANCISCO J. LLERA RAMO

	EP-A79			EA-M80		
	Votos	Censo %	V. V. %	Votos	Censo %	V. V. %
PNV	349.000	22,3	36,9	349.102	22	38
HB (ANV / ESB) ...	186.000	11,9	19,7	151.636	9,6	16,5
EE	69.000	4,4	7,3	89.953	5,7	9,8
ESEI	—	—	—	8.280	0,5	0,9
AUZOLAN	—	—	—	—	—	—
Nacionalistas	604.000	38,6	63,9	598.971	37,8	65,2
PSOE (PSP)	147.000	9,4	15,6	130.211	8,2	14,2
CP *	115.000	7,4	12,2	121.846	7,7	3,3
CDS	—	—	—	—	—	—
PCE	42.000	2,7	4,4	36.845	2,3	4
Otros	37.000	2,3	3,9	30.392	1,9	3,3
Estatales	341.000	21,8	36,1	319.304	20,1	34,8
Izquierda	481.000	30,7	50,9	445.861	28,1	48,6
Derecha	464.000	29,6	49,1	472.414	29,8	51,4
Votantes	970.000	61,8	100	932.371	58,8	100
Censo	1.567.437	100	—	1.584.577	100	—
	EG-O82			EP-M83		
	Votos	Censo %	V. V. %	Votos	Censo %	V. V. %
PNV	380.983	25,1	32	396.542	25,2	39,7
HB (ANV / ESB) ...	176.117	11,6	14,8	143.711	9,1	14,4
EE	92.219	6,1	7,7	79.318	5	7,9
ESEI	—	—	—	—	—	—
AUZOLAN	—	—	—	—	—	—
Nacionalistas	649.319	42,8	54,5	619.571	39,3	62
PSOE (PSP)	349.531	23	29,4	264.723	16,8	26,5
CP *	138.984	9,2	11,7	87.805	5,6	8,8
CDS	22.123	1,5	1,9	4.675	0,3	0,5
PCE	21.071	1,4	1,8	20.791	1,3	2,1
Otros	10.776	0,7	0,9	690	0,1	—
Estatales	542.485	35,8	45,7	378.684	24,7	37,9
Izquierda	647.935	42,7	54,4	509.233	32,3	51
Derecha	543.875	35,8	45,6	489.022	31	49
Votantes	1.223.199	80,6	100	1.016.413	64,5	100
Censo	1.518.402	100	—	1.575.508	100	—

SISTEMA DE PARTIDOS DEL PAIS VASCO

<i>EA-F84</i>			
	<i>Votos</i>	<i>Censo %</i>	<i>V. V. %</i>
PNV	451.448	28,4	42
HB (ANV / ESB) ...	157.389	9,9	14,6
EE	85.671	5,4	8
ESEI	—	—	—
AUZOLAN	10.714	0,7	1
<hr/>			
Nacionalistas	705.222	44,4	65,6
<hr/>			
PSOE (PSP)	247.786	15,6	23
CP *	100.531	6,3	9,3
CDS	—	—	—
PCE	14.985	0,9	1,4
Otros	5.274	0,3	0,7
<hr/>			
Estatales	368.576	23,1	34,4
<hr/>			
Izquierda	521.819	32,9	48,6
Derecha	551.979	34,8	51,4
Votantes	1.085.293	68,1	100
Censo	1.586.574	100	—

Fuente: Juntas Electorales Provinciales y elaboración propia.

* CP (DIV/DCV/UCD/AF/AP/PDP/PDL).

- funda crisis de los años 1979 y 1980, en los que la desmovilización electoral llegó a su cota máxima.
- 2.^a El ascenso de las opciones nacionalistas hasta acercarse a la mitad del electorado (censo) y dos tercios de los votantes refuerzan esa dinámica de construcción o integración nacional.
 - 3.^a El reforzamiento de las opciones moderadas y de gobierno (PNV y PSOE) estabiliza el sistema de partidos centrándolo y les responsabiliza especialmente del futuro.
 - 4.^a La hegemonía del PNV, tanto en el bloque nacionalista mayoritario como en su capacidad de captación de la derecha moderada, le obligan a liderar de forma indiscutible este proceso.
 - 5.^a El freno que, desde las elecciones locales y forales de 1983, pone el electorado al monopolio institucional del propio PNV exige un cambio de política hacia el pacto.

- 6.ª La consolidación que, desde esas mismas elecciones, adquiere la segunda posición ocupada por el PSOE, desplazando el protagonismo que en las elecciones locales de 1979 y las autonómicas de 1980 había adquirido HB, le convierte en el interlocutor indiscutible de ese pacto que pueda dar salida a los grandes problemas planteados.
- 7.ª La cristalización de los espacios políticos de la Coalición Popular y Euskadiko Ezkerra como oposiciones colaterales equilibran el sistema de partidos y frenan el riesgo de su polarización política en cualquiera de las dos dimensiones de distanciamiento ideológico estudiados.
- 8.ª La persistencia del electorado de HB, a pesar de su pérdida de protagonismo desde 1982 y, sobre todo, desde 1983, indica que algo no ha cambiado lo suficiente en la vida política vasca para mantenerse movilizado tan alto nivel de impugnación radical.
- 9.ª Por último, esa tercera parte del electorado que se ha quedado en casa puede que, en buena proporción, esté esperando algo que le ofrezca un interés, una ilusión o, siendo más modestos, menos dudas para participar.

A continuación, entraremos en el análisis más detallado de la evolución de los espacios y los partidos políticos más significativos: el nacionalismo, la derecha y el PNV por un lado; la izquierda, el espacio estatal y el PSOE por otro, y, por último, la impugnación violenta y HB.

2.1 *El PNV, el nacionalismo y la derecha*

Acabamos de ver la superposición del discurso nacionalista sobre cualquier otra dimensión del distanciamiento ideológico en el País Vasco. Este discurso, no obstante, tiene múltiples connotaciones: desde la reivindicación de unas determinadas cotas de autogobierno y descentralización político-administrativa hasta la definición y reproducción de una identidad cultural.

Esto implica que no se pueden resolver otros problemas, mientras que la construcción nacional vasca no esté encarrilada y ésta no lo estará en tanto se mantengan en dos frentes de antagonismo irreductible: por un lado, la guerra interna de identidad (mal llamada de comunidades), las resistencias de distinto signo a la convergencia en un marco de referencia simbólico integrador, y por otro, la contraposición instituciones vascas/instituciones estatales que impiden tanto la legitimación social de éste como la integración e identificación estatales de aquéllas.

Está clara la dirección nacionalista de esta construcción nacional. Si en 1977 el voto a las opciones estatales suponía un 45 por 100 del censo frente a un 29 por 100 de los nacionalistas, en las primeras elecciones autonómicas aquéllas se apoyan sólo en un 20 por 100 explícito, mientras que las segundas ya alcanzan el 38 por 100, y ahora se acrecienta su diferencia: 23 por 100 y 44 por 100, respectivamente.

Sin duda alguna, el nacionalismo es el que ha mostrado, además de una mayor capacidad de movilización social, una mayor estabilidad política, una fuerte consolidación, una especial nitidez de sus espacios políticos y una mayor permeabilidad y capacidad de absorción de otras fuerzas políticas.

En este bloque el PNV asienta su hegemonía simbólico-política (64 por 100) pasando de representar a un 22 por 100 en 1980 del electorado vasco en 1984. Esto le permite dirigir la política institucional a todos los niveles: autonómicos (43 por 100 o 50 por 100 de los escaños del Parlamento vasco con o sin HB), foral (tiene los gobiernos de las Diputaciones reforzadas competencial y financieramente por la LTH, con mayorías más o menos estables) y local (gobiernan las tres capitales y la mayoría de los municipios).

A la vez, el PNV absorbe buena parte del voto de un centro-derecha estatal desarticulado (buena parte del electorado del CDS y de la UCD que no se identifican con la imagen de CP) y hegemoniza este bloque con un 82 por 100 de sus votos, presentándose cada vez más como una opción de orden y estabilidad para el sistema socioeconómico, teniendo, por si fuera poco, mayoría electoral entre los simpatizantes y votantes del primer sindicato vasco (ELA).

Si en conjunto el nacionalismo ha ganado más de 100.000 votos desde 1980 (un 15 por 100 de su electorado), de los que más de la mitad corresponden a la ganancia neta desde las elecciones locales de 1983, el comportamiento provincial sigue la misma tónica: en Alava, el incremento respecto del 80 es de 12.000 electores (17 por 100), de los que 5.000 corresponden al último año; en Guipúzcoa, 40.000 (16 por 100) y 26.000, respectivamente; en Vizcaya, los 54.000 votos (14 por 100) corresponden todos al último año, después del estancamiento entre el 80 y el 83. Hay, por tanto, diferencias notables entre las provincias.

En las elecciones provinciales de 1983 había ganado el PNV 14.000 votos (30 por 100) con respecto a 1980; sin embargo, desde esa fecha pierde 1.000 electores; por el contrario, en Guipúzcoa y Vizcaya registra ascensos negros tanto con respecto a una fecha como con respecto a la otra: 33.000 (23 por 100) y 17.000 (12 por 100) votos más en Guipúzcoa y 55.000 (21 por 100) y 41.000 (16 por 100) en Vizcaya. El electorado centrista progre-

sista y el CDS son las fuentes de los principales incrementos del nacionalismo moderado.

Herri Batasuna, salvo los incrementos netos en Guipúzcoa tanto con respecto a 1980 (14.000) como con respecto a 1983 (5.000), se tiene que conformar con recuperar parte de las pérdidas sufridas en las elecciones locales, sin alcanzar la cota de 1980 en las otras dos provincias, gracias sobre todo a su recuperación en 16 de los 19 municipios mayores de 20.000 habitantes.

Euskadiko Ezkerra, por su parte, sigue dinámicas distintas en las tres provincias: en Alava se mantiene al mismo nivel de 1980, después de recuperar la mayor parte de los 2.700 votos perdidos en 1983; en Guipúzcoa sigue el lento declive elección tras elección, perdiendo un 23 por 100 de su electorado de 1980 y 1.000 votos desde 1983; en Vizcaya, por el contrario, consolida su ligero ascenso desde 1980 (4.000 votos), alcanzando su cota más alta gracias, sobre todo, a sus incrementos en las grandes aglomeraciones urbanas.

Por otra parte, si en conjunto de la derecha (hoy sólo el PNV y CP) ha ganado 80.000 votos desde 1980 en un proceso de continuo ascenso, especialmente en el último año (+61.000 votos) de gobierno socialista, ha sido gracias al PNV. En este momento este bloque supera en tres puntos a la izquierda, suponiendo el 35 por 100 del electorado y el 51,4 por 100 de los votantes.

Al contrario que el PNV, Coalición Popular (un 6 por 100 del censo, un 9 por 100 de los votos y un 18 por 100 del voto conservador) logra a duras penas recomponer y homogeneizar los antiguos electorados de UCD, AP y otros, quedándose a más de 20.000 votos (un 17 por 100 menos) de la suma alcanzada por éstos en 1980, a casi 40.000 (29 por 100) de sus propios votos en 1982 y recuperando 12.000 de los 51.000 (37 por 100) perdidos en 1983, gracias casi exclusivamente a los 11.000 de Guipúzcoa, puesto que en Alava y Vizcaya se produce un estancamiento a la baja desde esa fecha. A esto hay que añadir el hecho de que no se haya presentado a las elecciones el CDS y su acercamiento evidente al PNV, así como las conversaciones y pactos de este último con el PDP.

2.2. *El PSOE, el Estado y la izquierda*

Es de general conocimiento el especial azote que la estructura económica vasca está padeciendo en la prolongada coyuntura de crisis, lo que significa que si en algún sitio se deja sentir la necesidad de la reconversión industrial y la generación de empleo es en el País Vasco.

La dependencia económica respecto a la estructura financiera y al mercado estatales, la previsible incidencia de la integración en la CEE, el abandono empresarial por el efecto de la violencia y la especial estructura sindical vasca van a añadir un especial protagonismo a las luchas sociales en el inmediato futuro.

A pesar de todo, las estructuras electoral y parlamentaria no reflejan la correlación y la situación de las fuerzas socioeconómicas de la sociedad civil vasca. Por un lado, la hegemonía institucional del PNV no se puede equiparar, sin más, a una hegemonía económica en el seno de la estructura financiera y empresarial vasca (véase la situación de las patronales vascas y las posiciones de los intereses financieros aquí radicados). Por otro lado, la estructura sindical, fuertemente fragmentada y no reflejada políticamente, puede plantear serios problemas de descontrol y radicalidad sociales.

Si el nacionalismo y la derecha están claramente dirigidos y representados por la fuerza social e institucional del PNV, no ocurre lo mismo con una izquierda caracterizada por la fragmentación, la inestabilidad y la falta de hegemonía. Así, por una parte, la derecha presenta sólo dos opciones al electorado: una nacionalista-centrista y otra estatal-conservadora. Entre las que, a decir de Fraga, «en cuanto al modelo de sociedad las discrepancias son mínimas», como lo demuestran, por lo demás, los apoyos institucionales que la CP ha dado y da al PNV; por otra parte, el nacionalismo presenta tres opciones relevantes (PNV, HB y EE) y una nueva y marginal (AUZOLAN), que, institucionalmente, son capaces de actuar en bloque en aquellos temas que tienen más protagonismo en la vida política vasca.

Frente a esto, la izquierda presenta a las elecciones una docena de opciones, de las que sólo tres obtienen representación parlamentaria: el partido del gobierno del Estado y las dos opciones nacionalistas menores (HB y EE). Desde el punto de vista electoral, este bloque oscila entre el 28 por 100 del electorado en 1980 y el 43 por 100 en 1982, situándose en la actualidad con un 33 por 100, dos puntos por debajo de la derecha. A su inestabilidad electoral hay que añadir su fragmentación interna y su falta de hegemonía; así, frente a la estabilidad relativa de las dos opciones de la izquierda nacionalista (HB y EE en torno al 10 por 100 y al 6 por 100, respectivamente), el PSOE se caracteriza por la escasa cristalización de un electorado que ha oscilado entre un mínimo del 8 por 100 del censo en 1980, después de haber perdido, incluso, la primera posición en las elecciones locales y autonómicas de 1979 y 1980 y no llegando a representar en este momento ni el 50 por 100 del voto de izquierda. Por otra parte, a la fragmentación electoral y a la falta de hegemonía hay que añadir el profundo distanciamiento ideológico que se produce en el seno de la izquierda, que,

además de haber hecho imposibles las virtuales mayorías de izquierda en las importantes poblaciones vascas tras las elecciones locales y forales de 1983 por el enfrentamiento HB-PSOE, este mismo enfrentamiento se recruce con el asesinato de militantes socialistas, con la violencia hacia sus cuadros (alcaldes, sedes, etc.) y con la impugnación de «asesinos» y responsables de la «guerra sucia».

Por si esto fuera poco, la fragmentación sindical y su falta de hegemonía política vienen a complicar aún más las cosas por la falta de correspondencia política entre las fuerzas políticas y las fuerzas sindicales; así, el principal sindicato vasco, ELA-STV, se orienta electoralmente en sus dos terceras partes al PNV, UGT y LAB lo hacen en sus cuatro quintas partes a sus respectivas opciones políticas (PSOE y HB) y, por último, no llega al 40 por 100 de CC.OO., el que lo hace hacia un PCE en desbandada.

Con todo, el PSOE asienta su imagen y su peso social en el hecho de ser la fuerza mayoritaria tanto de la izquierda como de las opciones estatales. Ahora bien, si en el primer caso supone el 47 por 100 de los votantes de izquierda, en el segundo alcanza el 67 por 100 de los votos de referencia estatal, resultando de especial interés el seguimiento de la dinámica trazada por estos dos espacios políticos en el País Vasco.

Si la izquierda, que representa el 33 por 100 del electorado y el 48,6 por 100 de los votantes en este momento, se sitúa 76.000 votos por encima de su cota de 1980, lo hace después de haber recuperado alrededor de unos 15.000 electores de los 60.000 que había perdido en 1983, gracias, exclusivamente, a Guipúzcoa y, en menor medida, a Alava, puesto que Vizcaya vuelve a perder 5.000 votos en el último año. Vistas ya las trayectorias de HB y EE, hemos de decir que es el electorado del PSOE el responsable de estas oscilaciones, puesto que, después de los casi 220.000 votos de diferencia entre 1980 y 1982 (37.000 en Alava, 59.000 en Guipúzcoa y 124.000 en Vizcaya) y los 85.000 perdidos en 1983, ahora vuelve a perder 3.000 votos en Alava y 18.000 en Vizcaya, recuperando en Guipúzcoa 11.000 de los 27.000 perdidos en 1983, para situarse 17.000 votos por encima de 1980 en la primera, 64.000 en la segunda y 37.000 en la tercera.

El espacio estatal va a padecer, además de la oscilación del PSOE, la crisis de las fuerzas conservadoras, representando en este momento el 23 por 100 del electorado y el 34 por 100 de los votantes, algo más de la mitad del peso del nacionalismo, superando en 49.000 votos la cota de 1980, pero perdiendo 10.000 votos desde 1983 para añadirlos a los 164.000 perdidos en esa fecha desde que en 1982 el PSOE les hubiese hecho recuperar 220.000.

2.3 *HB y la impugnación violenta se alimentan en una profunda crisis de legitimación*

Es cada día mayor la movilización social frente a la violencia y se avanza lentamente en el bloqueo organizativo y operativo y en el aislamiento social y político de los que apoyan o justifican la llamada lucha armada. No obstante, la impugnación radical del sistema institucional, aunque tiene su núcleo desestabilizador en el 10 por 100 de los ciudadanos que votan HB, tiene perfiles más amplios y no menos críticos en otros niveles institucionales: la ambigua aceptación/rechazo de la Constitución, el rechazo o la desvirtuación del pacto estatutario, la tensión permanente con el gobierno central en el proceso descentralizador y legislativo, la indefinición subliminal respecto a la autodeterminación y la independencia, etc.

Con todo, las tres dimensiones básicas que sustentan esta impugnación, más o menos radical, del sistema institucional son: 1.º, la dimensión simbólica del asentamiento y expresión de la identidad y cultura nacional vasca; 2.º, la dimensión política de los límites, contenido y relaciones del proceso descentralizador; 3.º, la dimensión represiva o de orden público.

De la primera dimensión ya hemos hablado; ella es la que suministra conceptos al discurso político y la que dota de emocionalidad y crispación a nuestra particular crisis de legitimación. No obstante, dada la hegemonía política del PNV en la Comunidad Autónoma Vasca, determinados aspectos de la lucha simbólica (el euskera sobre todo) se han desplazado al propio interior de la sociedad vasca y, en especial, de la comunidad nacionalista. Esta impugnación intranacionalista hace más problemáticas las tensiones derivadas del proceso descentralizador, máxime si son simbolizadas o representadas como una confrontación de identidades («comunidades», «ejércitos», etc.) y como resistencia de un pasado inmediato sobredramatizado y lleno de connotaciones políticas negativas.

Si algo homogeneiza al electorado de HB no es su independentismo, ni su socialismo, ni su apoyo incondicional a la alternativa KAS o a ETA, que no llegan a aglutinar por separado más allá de las dos terceras o tres cuartas partes de su electorado; lo que realmente le apiña es su dinámica y su discurso antirrepresivo dentro del círculo infernal de la acción/represión/acción, que además se formula en clave simbólica de «genocidio», logrando adhesiones o, cuando menos, desazón más allá de las propias fronteras electorales de HB.

El mal juicio que sobre las fuerzas de seguridad y el aparato militar muestra la opinión pública vasca a través de las encuestas y la reserva que al respecto mantiene la mayoría gobernante a todos los niveles instituciona-

les vascos hacen de esta tercera dimensión uno de los aspectos centrales de esa necesidad de relegitimación y de pacificación que se demanda y que el propio partido del gobierno ponía como lema de su campaña electoral («Por la paz»). Es precisamente en el aspecto policial/militar y represivo donde la imagen de continuidad del régimen autoritario, de la opresión nacional y la falta de legitimación del Estado se alimentan, puesto que sigue vigente el discurso político que denuncia con datos palpables la existencia de una «violencia institucional» y que se plantea en términos de «guerra», en la que la inversión semántica convierte, en la vida cotidiana vasca, al verdugo en víctima y al ganador en perdedor, y viceversa.

HB, que se alimenta de una continua inversión semántica del discurso político, utilizado en clave de «guerra», supera en 6.000 votos su electorado de 1980 e incluso recupera algo menos de 15.000 votos de los más de 30.000 perdidos en 1983, tras el incremento de 25.000 experimentado en 1982. Ni el impacto de los indultos de los «p.m.», ni la aparición de AU-ZOLAN, ni la movilización contra las atrocidades de la violencia etarra, ni el asesinato de Casas, entre otros, han logrado cambiar de signo el discurso irredentista y antirrepresivo (torturas, GAL, acción policial, etc.) en que se alimenta su dinámica antisistema. Así, si en Alava y Vizcaya se sitúan, a pesar de los incrementos del 82, por debajo de su cota de 1980, no consiguiendo recuperar, por tanto, con sus más de 1.500 y 6.000 votos del 26F las pérdidas notorias de 1983, especialmente en Vizcaya (—16.000), en Guipúzcoa se sitúa 14.000 votos por encima de 1980, recuperando 5.000 votos de los 13.000 perdidos en 1983, después de los 22.000 ganados el año anterior.

Al lado de todo esto, quedan por ganar, integrar o convencer casi la mitad de nuestros ciudadanos: por un lado, entre 150.000 y 200.000 votos de impugnación radical, si no violentos, y por otro, una parte de ese medio millón (al menos unos 250.000 o 300.000) que es necesario motivar con los hechos y con las soluciones y que, aunque no condicionen con su voto o con su movilización política la vida institucional, han de ser más tenidos en cuenta por ésta. Este contingente social marginal políticamente, y probablemente social y culturalmente, debe ser atendido por una democracia que se presenta avanzada, máxime si son los que padecen más directamente las consecuencias de la crisis económica y de identidad social o cultural en un contexto de anomia política. Se trata, por lo demás, de un electorado de centro-izquierda, predominantemente autonomista convencido, a quien el PSOE no llega a movilizar.

Así, pues, ese tercio de la población que no ha votado y esa décima parte que impugna radicalmente el camino emprendido están exigiendo a los

representantes elegidos por el otro 60 por 100 un apañamiento o pacto en torno a ese proceso de construcción nacional, liderado por el nacionalismo moderado y destinado a normalizar o integrar simbólicamente y políticamente la sociedad vasca, a pacificarla empezando por el aparato del Estado y a sacarla de la crisis económica.

III. CONCLUSIONES

Nos han quedado en el tintero muchos aspectos de gran relevancia para la comprensión de la vida política vasca: la inestabilidad orgánica y la fragilidad ideológica de nuestros partidos, la confusión de los rasgos típicos de los partidos y los movimientos sociales en el seno de la comunidad nacionalista, la funcionalidad paraparlamentaria de muchas de las instancias asociativas de esa misma comunidad, los trasvases internos de electorado, sus bases sociales, el peso del personalismo y los tipos de liderazgo, la propia cuantificación de las distintas actitudes políticas que diferencian a las clientelas respectivas y el análisis documental del discurso de los políticos.

El hecho de que todas estas realidades políticas se estén dando en un contexto de violencias y se ubiquen en un marco de referencia, en el que la definición de la identidad colectiva se superpone sobre cualquier otra dimensión política o ideológica, nos obligan a dudar que en el País Vasco se haya cerrado la transición política.

Si la repetición de elecciones a los distintos niveles, la cristalización provisional del sistema de partidos, la progresiva construcción institucional pudieran avalar la hipótesis del final de la transición, la crisis interna del PNV sin motivo aparente la pone en tela de juicio.

Efectivamente, la concepción más radical o moderada del nacionalismo vasco, la contraposición de las ideas de partido y de movimiento para la organización política nodriza de todo el sistema autonómico, la actualización de sus estructuras internas, el predominio del partido sobre el gobierno o viceversa se combinan con otros aspectos tales como la política de alianzas, las relaciones con Madrid o con el nacionalismo violento, el foralismo y la construcción institucional de la propia comunidad vasca, la representación y reproducción de los intereses económicos de las fuerzas empresariales y hasta la propia personalización del liderazgo, hasta hacer estallar la fuerza política más estable y monolítica de toda la transición, evidenciando la precariedad del sistema político vasco.

La realidad previa es que la transición política no está cerrada en nuestro país, aunque no están normalizados ni el discurso ni las relaciones po-

líticas. Sólo cuando la legitimación política se vea liberada del predominio del discurso sobre las violencias o de la definición de la identidad colectiva se darán las condiciones de posibilidad de que tal normalización se produzca.

Así, pues, el pluralismo polarizado que caracteriza al sistema de partidos vascos tiene este trasfondo político que lo hace más crítico y, a la vez, más inestable a medio plazo. Con todo, el giro observado en el discurso y en las relaciones políticas tras el pacto Ardanza-Benegas significan los primeros pasos en esa dirección normalizadora, aunque sea prematuro hacer una evaluación y por mucho que el PNV se guarde las espaldas haciendo un reparto de papeles entre el Partido y el Gobierno, cuya significación no hay que minusvalorar.